

NOTA DEL AUTOR

El autor, tanto en vida como después de muerto, asume todas las responsabilidades sobre el contenido de esta obra literaria y exonera a su editor, a sus herederos y a su agente literario.

Pues do hay tantas putas ninguna obedece.

Carajicomedia

¡Un momento, querida! Antes de internarte en estas páginas con el fin de meterme en la cárcel, no olvides que estás leyendo una obra de ficción y que por lo mismo sus personajes son infundios o juegos de la imaginación (figuras literarias, parodias y metáforas) y no personas de la vida real. No olvides además que la novela se desarrolla en 1999. Sería injusto encausarme por un hecho ficticio que cuando se narró ni siquiera había sucedido.

El autor

La fuga de la Avellaneda Obra ligera en un acto (de repudio)

ESCENARIOS

El Mar de las Antillas, Cayo Hueso y el Malecón de La Habana

FECHA

Julio de 1999

INTÉRPRETES PRINCIPALES

Intérpretes principales en el mar:

Gertrudis Gómez de Avellaneda y José Martí

Intérpretes principales en el Malecón de La Habana (por orden de aparición):

Halisia Jalonzo

Virgilio Piñero

Fifo (caracterizado por un doble)

Delfín Proust (aparece también en Cayo Hueso)

Dulce María Leynaz

Tina Parecia Mirruz

Karilda Olivar Lúbrico

H. Puntilla (aparece también en el mar y en Cayo Hueso)

José Zacarías Tallet

Coro de prostitutas rehabilitadas

Rita Tonga

Paula Amanda, alias «Luisa Fernanda»

Ulises Ruego (aparece también en Cayo Hueso)

José Lezama Lima

Julián del Casal

Coro del Malecón habanero:

integrado por poetas menores como Cynthio Metier, Retamal, José Martínez Mata, Pablo Amando, Miguel Barniz y un centenar más; también lo integran miembros del CDR —Comité de Defensa de la Revolución—, enanos, militares de alto rango y, a veces, todos los que están en el Malecón

Jefe de escena:

Fifo

Maquillista y coreógrafo:

Raúl Castro

Resurrecciones:

Óscar Horcayés

Música:

de la Orquesta Sinfónica Nacional, dirigida por Manuel Gracia Markoff, alias Cara de Fo y Marquesa de Macondo

Intérpretes principales en Cayo Hueso (por orden de aparición):

José María Heredia
Fernando González Esteva
Zebro Sardoya
Un locutor
Primigenio Florit
Coro de niños
Bastón Dacuero

Coro de poetisas:

Ángel Gastaluz (este personaje goza, por una bula papal, del don de la ubicuidad; por lo tanto a lo largo de toda la novela podrá estar en varios sitios a la vez si así lo desea)

El alcalde de Miami
El presidente de los Estados Unidos
Un dirigente político
Una jefa de una revista de modas
Kilo Abierto Montamier
Una poetisa laureada

Un representante por el estado de Ohio
El fiscal general
El obispo de Miami
La Única Loca Yeyé Que Queda en Cuba (también goza del don
de la ubicuidad otorgado por santa Marica)
Mariano Brull
Una dama miamense
Una anciana
Un sacerdote
Una monja
Una profesora de literatura
Otra poetisa (laureada por ella misma)
Un astrólogo
Alta Grave de Peralta
Una dama enjoyada
Un académico
El presidente de un museo cubano en el exilio
Andrés Reynaldo

Coro de Cayo Hueso:

integrado por tres mil poetisas, por profesoras de latín, por cientos
de aspirantes a la presidencia de Cuba y por otros políticos de
nota; a veces lo integra toda la población de Cayo Hueso; otras,
se subdivide en pequeños coros.

Jefe de escena:

Moscoso

Resurrecciones:

Alta Grave de Peralta

Maquillista y coreógrafo:

Kilo Abierto Montamier

Música

de la Orquesta de Guadalajara, dirigida por Octavio Pla, alias Fray
Nobel, según infundios de Tomás Borge.

ACLARACIÓN IMPORTANTE A TODO EL PÚBLICO

Antes de que comience la acción, nos vemos en la necesidad legal de aclarar que, de acuerdo con las reglas dramáticas de esta pieza, una persona del público debe morir de un tiro durante la representación. Ni la empresa ni el autor asumen la responsabilidad de esa muerte voluntaria. El espectador, al entrar en el teatro, debe estar consciente de que puede perder la vida.

Para evitarnos cualquier problema con la justicia, el espectador, al comprar el boleto, deberá firmar en el espacio que aquí se le indica.

Estoy absolutamente consciente de que al ver esta obra de teatro puedo perder la vida de un tiro en plena función. Y para que así conste estampo mi nombre y firma debajo de este texto.

Firma, nombre y dirección del espectador.

ACCIÓN

La acción tiene lugar cuando la Avellaneda, que ha sido resucitada por orden de Fifo para que participe en los festejos de sus cincuenta años en el poder, escapa en una lancha al parecer rumbo a la Florida. Enterado inmediatamente de la fuga, Fifo manda que la arresten, pero comprendiendo al instante que eso sería un escándalo internacional, ordena para guardar las formas un acto de repudio popular, mientras secretamente conmina a los tiburones y a los enanos para que hagan todo lo posible por impedir su fuga. El acto de repudio comienza con la participación de un grupo de poetas relevantes que aún están en la isla, algunos de los cuales también han sido resucitados para este evento. Se supone que todos estos poetas deben convencer a la Avellaneda para que no se vaya del país. Por orden de Fifo, deben tirarle a la Avellaneda gran cantidad de huevos podridos que miles de enanos han depositado junto al mar. Por otra parte, aunque en un principio el rumbo de la Avellaneda es incierto (eso de «hacia la Florida» fue una bola lanzada por Radio Aguado), los poetas del exilio, incluyendo

algunos resucitados para este acto, deciden hacer una gran manifestación al sur de los Estados Unidos (esto es, en Cayo Hueso) para estimular y apoyar moralmente a la Avellaneda. Además de dedicarle todo tipo de poemas, también le tirarán péters de chocolate, manzanas de California, bombones y hasta perlas falsas.

LA AVELLANEDA (*echando un bote al agua en el Malecón habanero*):

¡Perla del mar! ¡Estrella de occidente!

Me marcho ahora mismo aunque me parta un diente de perro. Ni siquiera tu brillante cielo

La noche cubre con su opaco velo.

¡Pero voy a partir! *La chusma diligente* me obliga a marcharme del nativo suelo.

¡No puedo soportar más a esta gente!

¡Adiós, patria feliz, edén querido

donde hasta el gran esbirro a otros esbirros teme!

Por mucho que en tu suelo fatiguéme jamás pude encontrar un buen marido.

¡Ah, pero ya miro la lancha!

Mi pecho aún más se ensancha...

(Se sube a la lancha y empieza a remar rápidamente. Se trata de una gruesa mujer envuelta en un largo vestido negro del siglo XIX con un velo también negro que le cubre el rostro. Los tiburones, al ver aquella figura tan estrambótica, se alejan emitiendo lastimeros aullidos. Los enanos también reculan espantados hasta la costa. A Fifo no le queda otra alternativa que confiar en el acto de repudio cuyo comienzo ordena de inmediato.

Halisia Jalonzo, entrando en el escenario, comienza el acto de repudio. Carga un inmenso huevo de avestruz. En realidad, la Jalonzo no debería estar entre los poetas, pero con ella no hay quien pueda, no olvidemos que acaba de cumplir —dicen— cien años de edad. De todos modos elevaremos nuestra queja al difunto René Tavernier, presidente del Pen Club.)

HALISIA JALONZO:

¡Solavaya! ¡Gran Papaya!

Y después que no te quejes.

Bien sé que en estos tejemanejes se oculta la Plisezcaya.

Se oculta la Plisezcaya,

a quien le hago cruz y raya.

(Levanta el inmenso huevo de avestruz y lo tira al mar provocando un inmenso chasquido y levantando columnas de agua que empapan a la Avellaneda.)

LA AVELLANEDA *(empapada, pero sin dejar de remar):*

La pintura que hacéis prueba evidente
que no sólo eres bruta mal pagada,
sino también ogresa y mala gente.
Ahí te dejo, bruja, ciega y enfangada,
en tierras de miserias y de lloro.
¡Yo seré libre cuando llegue Febo!
Tú en cambio has empeñado tu tesoro.
De todos modos, gracias por el huevo.
Y, créeme, en verdad mucho yo siento
que hayas vendido a los cerdos tu talento.

(Halisia Jalonzo, con cara de derrota, mira con una inmensa lupa hacia el pecho de la Avellaneda, que se ensancha cada vez más. Sin poder contenerse, pero en voz baja, dice estos versos):

HALISIA JALONZO:

Ya te alejas, puta vieja.
Y yo aquí, también pelleja,
sin poder decir mi queja...

(En estos momentos uno de los fornidos enanos le da un empujón a Virgilio Piñera para que comience su acto de repudio. El poeta, todo temblores, se sube al muro del Malecón y mirando hacia el mar musita en voz baja):

VIRGILIO PIÑERA:

La maldita circunstancia del agua por todas partes
te dice, querida amiga Avellaneda, *¡parte, parte!*

Yo también quisiera acompañarte,
pero no puedo ni mover las alas
pues a mi lado tengo a Coco Salas
que no me pierde pie ni pisada.
Decididamente estoy salada.

Decididamente soy muy desdichado:

Esta misma noche en que seré ajusticiado
a los verdugos tengo que entregarles mi mejor bocado lírico
y de paso hacerles el panegírico.

Así,
velado,
humillado,
fúnebre,
descalzo
(tú subes a la balsa
y yo al cadalso)
mientras secretamente por ti mi copa alzo
a toda voz debo condenarte.
Pero, por Dios, no escuches esta parte.
No permitas que te asfixie *la maldita circunstancia
del agua por todas partes*.
No pierdas tu arrogancia.
Parte, parte.
Parte, mujer,
aunque partir sea tu única razón
de ser...

FIFO (*enfurecido*):

¿Qué está mormollando ese viejo maricón
a quien esta misma noche voy a joder?

VIRGILIO PIÑERA (*alzando desesperado la voz*):

¡Niña! ¡Niña!
Ten cuidado
que los hados
son fatales.
Quédate aquí, sí, aquí,
en estos platanales.
Aplatánate, querida,
para que salves la vida,
que los hados son fatales.
Quédate aquí, sí, aquí.
Pues estando yo en París
me robaron cuatro reales.

(*para sí mismo*):

Estos versos son horrorosos
y no hay dioses que los alaben.
Los digo, ustedes lo saben,
porque si no me destrozo.